



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Alejandro Dumas



# La Nueva Troya

La guerra privada  
de Dumas contra Rosas

Prólogo de  
Daniel Balmaceda

Versión en español y post-scriptum de  
Alejandro Waksman



MAREA  
EDITORIAL

# Capítulo segundo





Una vez dueño del poder, el principal afán de Rosas fue el de aniquilar la Federación.

Lopes, el fundador de la Federación, cayó enfermo, Rosas lo hizo venir a Buenos Aires y lo asistió en su propia casa.

Lopes muere envenenado.

Quiroga, el jefe de la Federación, sale ileso de veinte combates, cada cual más encarnizado que los otros. Su coraje pasa a ser ejemplo y su suerte es ya proverbial.

Quiroga muere asesinado.

Cullen, el consejero de la Federación, sube a la gobernación de Santa Fe. Rosas le improvisa una revolución. Cullen es entregado a Rosas por el gobernador de Santiago.

Cullen muere fusilado.

Todo lo que hay de notable en el partido federal tiene el mismo fin que tuvo todo lo que hubo de notable en Italia bajo los Borgia, y, poco a poco, Rosas, empleando los mismos medios que Alejandro VI y su hijo César, llega a reinar sobre la República Argentina, que, aunque reducida a una perfecta unidad, no por eso deja de conservar el pomposo título de Federación.

Digamos ahora algunas palabras de los hombres que acabamos de nombrar y revivan, por un instante, sus espectros acusadores.

Hay, por lo demás, en todos estos hombres, un tinte de salvajismo primitivo que, es de justicia, poner de relieve.

Hemos comenzado por el general Lopes. Una sola anécdota hará conocer no solamente a este jefe, sino también a los hombres que lo rodeaban.

Lopes era gobernador de Santa Fe y tenía en Entre Ríos un enemigo personal, el coronel Ovando. Este,

después de una revuelta, fue conducido prisionero ante el general Lopes.

El general estaba almorzando. Recibió a Ovando a las mil maravillas y lo invitó a que tomara asiento a la mesa. La conversación se estableció como entre dos comensales a quienes la igualdad de condición hubiera obligado a la más perfecta y más igual cortesía.

Sin embargo, hacia la mitad de la comida, Lopes se interrumpió de repente.

—Coronel —dijo—, si yo hubiera caído en su poder como usted cayó en el mío, y eso en el momento del almuerzo, ¿qué hubiera hecho usted?

—Lo hubiera hecho sentar a mi mesa, como hizo usted conmigo.

—Bueno, pero ¿y después de comer?

—Lo hubiera hecho fusilar.

—Estoy encantado de que se le haya ocurrido a usted esa idea, porque es idéntica a la mía. Será fusilado en cuanto se levante de la mesa.

—¿Tengo que levantarme enseguida o puedo terminar el almuerzo?

—¡Oh, termine, Coronel, termine! No hay urgencia ninguna.

Continuó, pues, la comida; se bebió el café y luego vinieron los licores. Una vez tomados café y licores:

—Creo que ha llegado el momento —dijo Ovando.

—Le agradezco el no haber esperado que se lo recordase —respondió Lopes.

Luego, llamando a un ordenanza:

—¿Está pronto el pelotón?

—Está, mi General —contestó el ordenanza.

Entonces, volviéndose hacia Ovando:

—Adiós, Coronel —le dijo.

—¡Oh! Hasta la vista —le respondió este—. No se vive mucho tiempo en guerras como las que hacemos nosotros.

Y, saludando a Lopes, salió. Cinco minutos después, una descarga de fusilería le anunció a Lopes que el coronel Ovando había dejado de existir.

Pasemos a Quiroga.

Quiroga, como Rosas, era también un hombre de campo. Había servido en un tiempo, como sargento, en el ejército de línea que luchaba con los españoles. Retirado a su comarca natal, La Rioja, actuó en los partidos políticos locales y se hizo amo de aquellos lugares. Una vez llegado a la primera escala del poder, se arrojó en la lucha de las diferentes facciones de la República y, en esta lucha, se reveló su personalidad, por primera vez, ante América.

Al cabo de un año, Quiroga era la espada del partido federal. Jamás hombre alguno obtuvo resultados semejantes a los que él consiguió, por el simple medio del valor personal. Su nombre llegó a adquirir un prestigio que tenía tanta fuerza como varios ejércitos. Su gran táctica, en medio del combate, era la de atraer sobre él la mayor suma de peligros que pudiera reunir, y cuando en la refriega lanzaba su grito de fuerza haciendo vibrar en su puño aquella larga lanza que era su arma predilecta, los más probados corazones conocían entonces lo que es el temor.

Quiroga era cruel; mejor dicho, feroz. Pero, en su ferocidad, siempre tenía algo de grande o de generoso. Era la ferocidad del león; no la del tigre.

Así, el coronel Pringles, uno de sus más acérrimos enemigos, es hecho prisionero y asesinado en el instante. El que cometió el crimen, y que servía bajo las órdenes de Quiroga, se presentó a este, creyendo haberse ganado una buena recompensa. Quiroga le hizo narrar su crimen, y de inmediato lo mandó fusilar.

Días después, dos oficiales pertenecientes al partido enemigo son hechos prisioneros, y los milicianos que los apresaron, recordando el fusilamiento de su camarada, condujeron vivos a los presos ante Quiroga. Este propuso a los oficiales que abandonaran su bandera para servir bajo la suya. Uno rehusó; el otro aceptó.

—Muy bien —díjole al que aceptó—. Montemos a caballo y vamos a ver fusilar a su compañero.

Sin la menor observación, el desleal oficial se apresuró a obedecer, y se puso a conversar alegremente en todo el trayecto con Quiroga, del cual ya se veía ayudante, por lo menos, mientras que el condenado, escoltado por un piquete con las armas cargadas, marchaba tranquilamente a la muerte.

Llegado al lugar de la ejecución, Quiroga ordenó al oficial que rechazó hacerse traidor, que se pusiera de rodillas, pero después de la voz de mando “¡Apunten!”, se detuvo.

—Vamos —dijo al que ya se creía muerto—, usted es un valiente. Tome el caballo del señor y váyase.

Y señaló al caballo del renegado.

—¿Y yo? —preguntó este.

—Tú —respondió Quiroga—, ya no tienes necesidad de caballo, pues vas a morir.

Y a pesar de las súplicas de su camarada tan milagrosamente devuelto a la vida, el fusilamiento tuvo lugar.

Quiroga sólo fue vencido una vez, y lo fue por el general Paz, el Fabius americano, hombre virtuoso y puro como no hubo otro. Dos veces destruyó los ejércitos de Quiroga en las terribles batallas de la Tablada y de Oncativo. Era un bello espectáculo, para estas jóvenes repúblicas que surgían, ver el arte, la táctica y la estrategia en lucha contra el coraje indomable y la voluntad de hierro de Quiroga. Pero, habiendo sido hecho prisionero el general Paz a cien pasos de su ejército con un tiro de boleadoras que apresó las patas de su caballo, Quiroga ya se hizo invencible.

Terminada la guerra entre el partido unitario y el federal, Quiroga emprendió un viaje por las provincias del interior, pero al retornar de ese viaje, fue asaltado en Barranca Iaco<sup>1</sup> por unos treinta asesinos que hicieron fuego sobre su carruaje. Quiroga, enfermo, iba acostado. Una bala que atravesó uno de los tableros le destrozó el pecho. Aunque herido de muerte, se incorporó, y, páli-

1 Se refiere evidentemente a Barranca Yaco.

do, ensangrentado, abrió la portezuela. Al ver al héroe de pie, aunque casi cadáver, los asesinos emprendieron la fuga. Pero Santos Perez, su jefe, se dirigió directamente a Quiroga, y como este hubiera caído sobre una rodilla, y lo mirara a la cara, allí lo remató.

Volvieron entonces los otros asesinos y terminaron la obra empezada.

Fueron los hermanos Reinafé, que gobernaban Córdoba, los que dirigían esta expedición de acuerdo con Rosas. Pero Rosas tuvo buen cuidado de quedarse bien alejado, de manera que no se le percibió. Así pudo él desde aquel momento tomar el partido de quien hizo asesinar, y mandó perseguir a los criminales. Estos fueron arrestados, juzgados y fusilados.

Nos queda, ahora, Cullen.

Cullen, nacido en España, se había establecido en la ciudad de Santa Fe, donde se había vinculado a Lopes, quien lo nombró ministro y de cuya política fue el director. La inmensa influencia que Lopes tuvo sobre la República Argentina, desde 1820 hasta su muerte, acaecida en 1833,<sup>2</sup> hizo de Cullen un personaje extremadamente importante. Cuando en la hora de la desgracia, Rosas, proscrito, emigró a Santa Fe, recibió de Cullen toda clase de atenciones y servicios. Pero estos servicios no pudieron hacer olvidar al futuro dictador que Cullen era uno de esos hombres que querían poner fin al régimen de la arbitrariedad en la República Argentina. Sin embargo, él supo ocultar su mala voluntad bajo la apariencia de la más grande amistad hacia Cullen.

A la muerte de Lopes, Cullen fue nombrado gobernador de Santa Fe, y se consagró a realizar grandes mejoras en la provincia. Al mismo tiempo, en lugar de mostrarse enemigo del bloqueo francés, Cullen no ocultaba en modo alguno sus simpatías por Francia, considerando que

---

<sup>2</sup> Si bien Dumas consigna esta fecha como el año de la muerte de Lopes, debido probablemente a un error de tipeo o a una mala información, la fecha correcta es 1838.

el poder de esta era un gran apoyo para las ideas civilizadoras. Rosas entonces suscitó una revolución, que apoyó públicamente luego, aportándole el concurso de tropas. Cullen, vencido, se refugió en la provincia de Santiago del Estero, que comandaba su amigo, el gobernador Ibarra. Rosas, que había declarado ya a Cullen *salvaje unitario*,<sup>3</sup> entabló negociaciones con Ibarra a fin de que este le entregara a Cullen.

Durante mucho tiempo, estas negociaciones fracasaron, y Cullen, que recibía seguridades de su amigo Ibarra, que juraba no entregarlo jamás, se creía ya salvado, cuando un día, en el momento en que menos se lo esperaba, fue arrestado por Ibarra y mandado conducir ante Rosas. Pero este, al saber que se le enviaba cautivo a Cullen, envió la orden de fusilarlo a mitad del camino, porque, dice él en una carta al gobernador de Santa Fe que había sucedido a Cullen, *su proceso ya estaba hecho por los crímenes que todo el mundo conocía*.

Cullen era un hombre de una sociabilidad amable y de un carácter humano. Su influencia sobre Lopes la empleó siempre para evitar todo rigor, y fue en razón de esta influencia que el general Lopes, a pesar de las súplicas de Rosas, no permitió que se fusilara a uno solo de los prisioneros hechos durante la campaña de 1831, que puso en su poder a los jefes más importantes del partido unitario.

Cullen ofrecía todos los aspectos del hombre civil, pero su instrucción era superficial y su talento mediocre.

Fue en la forma relatada, cómo Rosas, quizás el único hombre que no tuvo ninguna gloria militar entre los jefes del partido federal, se desembarazó de los campeones de ese partido. Desde entonces, él fue el único hombre importante en la República Argentina, al mismo tiempo que era el amo absoluto de Buenos Aires.

Fue entonces que Rosas, llegado a la omnipotencia, comenzó su venganza contra las clases elevadas, que

---

3 Salvaje unitario.

tanto tiempo lo habían despreciado. En medio de los hombres más aristocráticos y más elegantes, él se mostraba de continuo vestido con *chaqueta* o sin corbata. Ofrecía bailes que presidía con su mujer y su hija, y a los cuales, excluyendo a todo lo que había de distinguido en Buenos Aires, invitaba a los carreteros, a los carniceros y hasta a los ex esclavos de la ciudad. Así, en cierta ocasión, abrió el baile danzando él con una esclava y su hija con un *gaucho*.

Pero no fue en esta forma solamente que él castigó a la noble ciudad. Proclamó este terrible principio:

*El que no está conmigo, está contra mí.*

Y desde entonces, todo hombre que a él no le cayera en gracia, fue calificado con el nombre de *salvage unitario*, y aquel a quien Rosas había designado una sola vez con ese nombre, no tenía ya derecho ni a la libertad, ni a la propiedad, ni a la vida, ni al honor.

Entonces, para poner en práctica las teorías de Rosas, se organizó, bajo sus auspicios, la famosa sociedad de *Más-horca*,<sup>4</sup> es decir: más horcas.

Esta sociedad estaba compuesta por todos los inconformes, por todos los fracasados, por todos los asesinos de la ciudad.

A esta sociedad de la *Más-horca* estaban afiliados, por orden superior, el jefe de policía, los jueces de paz, todos aquellos, en fin, que debían velar por el mantenimiento del orden público. De suerte que, cuando los miembros de esta sociedad violentaban el hogar de un ciudadano para ejercer actos de pillaje o asesinar al dueño de casa, aquel cuya vida o cuya propiedad estaban amenazadas, ya podía pedir socorro. Nadie venía a ayudarlo para oponerse a las violencias que contra él se cometían. Estas violencias ocurrían tanto en pleno día

---

<sup>4</sup> Se refiere a la Mazorca, nombre popular con el que se conocía la Sociedad Popular Restauradora, organización política que respondía a Rosas. Debe su nombre a la espiga del maíz, símbolo de fuerza por la apretada unión de sus granos.

como en medio de la noche, y nada hubiera podido indicar un medio para sustraerse a tal arbitrariedad.

¿Se quiere algunos ejemplos? Sea. Entre nosotros, tén-gase bien presente, el hecho sigue siempre inmediatamente a la acusación.

Los elegantes de Buenos Aires tenían en esta época la costumbre de usar la barba en forma de collar, pero, con el pretexto de que la barba así cortada formaba la letra U, y quería decir unitario, la *Más-horca* se apoderaba de los desgraciados, los afeitaba con cuchillos con mal filo y la barba caía así con desgarrones de carne. Después de lo cual se abandonaba a la víctima a las imper-tinencias del populacho más bajo, reunido allí por la curiosidad del espectáculo, y el cual conducía a veces la farra hasta las últimas consecuencias: la muerte.

Las mujeres del pueblo comenzaban entonces a llevar en sus cabellos una cinta roja conocida bajo el nombre de *moño*. Un día, la *Más-horca* se coloca a la puerta de las principales iglesias, y, todas las mujeres que entraban o salían sin llevar el *moño* en la cabeza se veían obligadas a dejarse fijar uno en los cabellos, lo que se hacía adhiriéndolo con alquitrán hirviente.

No era, por lo demás, una cosa extraordinaria el ver una mujer despojada de sus vestidos y azotada en medio de la calle. Las causas del castigo: sea porque ella llevaba un pañuelo, un adorno, o una prenda de vestir, sobre la cual pudiera notarse un trazo de color azul o verde. Lo mismo ocurría a los hombres de la más alta distinción, y bastaba, para que ellos se expusieran a los más graves peligros, a que se exhibieran en público con *frac* o con corbata.

Al mismo tiempo que eran víctimas de sus violencias las personas señaladas sin duda por Rosas y que pertenecían a esas clases superiores de la sociedad perseguidas por su venganza, se encarcelaba por centenares a los ciudadanos cuyas opiniones no estaban en armonía, no diremos con las del dictador, sino con las combinaciones todavía desconocidas de su política futura. Na-

die sabía por qué delito era arrestado; esto era superfluo, ya que Rosas lo sabía. Y como quiera que el delito no se conocía, el juicio era declarado, por tanto, inútil, y cada día, para dejar sitio a los prisioneros de los días siguientes, las prisiones demasiado llenas se desembarazaban del exceso de cautivos con la ayuda de numerosos fusilamientos. Estos fusilamientos tenían lugar en la oscuridad, y, repentinamente, la ciudad se despertaba sobresaltada con el rumor de esos truenos nocturnos que la diezmaban.

Por la mañana se veía a los carreteros de la Policía recoger tranquilamente por las calles los cuerpos de los asesinados, e ir a buscar a la cárcel los cadáveres de los fusilados. Y luego, asesinados y fusilados, despojos anónimos, eran conducidos a una gran fosa donde se los arrojaba en macabra confusión, sin que ni siquiera les fuera permitido a las familias de las víctimas el acercarse allí para reconocer a los suyos y ofrendarles el póstumo homenaje.

Los carreteros que conducían estos restos funestos anunciaban su llegada con atroces chuscadas que hacían cerrar las puertas y huir a la gente. Se les vio separar las cabezas de los cadáveres, llenar canastos con ellas, y, con el grito habitual de los vendedores de frutas, ofrecerlas a los transeúntes aterrorizados, gritando así:

*¡Aquí están los duraznos unitarios! ¡Quién quiere duraznos unitarios?*

Pero muy pronto, la codicia se unió a la barbarie, la confiscación, a la muerte.

Rosas comprendía que la forma de conservarse en el poder era la de crear intereses inseparables de los suyos.

Entonces le mostró a una parte de la sociedad la fortuna de la otra, diciéndole: “Esto te pertenece”.

A partir de este momento, la ruina de los antiguos propietarios de Buenos Aires fue consumada, y se vieron elevar esas fortunas rápidas y escandalosas que ostentan actualmente los amigos de Rosas.

Lo que no se ha atrevido a soñar ningún tirano, lo que

no se le ocurrió ni a Nerón, ni a Domiciano, Rosas lo ha ejecutado. Después de haber asesinado al padre, le ha prohibido al hijo llevar luto. La ley que contiene esta prohibición fue proclamada y fijada en carteles públicamente. De otra manera no se habrían visto en Buenos Aires más que trajes de luto.

Los excesos de este despotismo indignaron a los extranjeros y entre estos a algunos franceses. Rosas, que se permitía cualquier cosa con ellos, terminó con la paciencia del rey Luis Felipe, paciencia por demás notoria, lo que lo indujo a la formación del primer bloqueo constituido por Francia.

Pero las altas clases de la sociedad tan maltratada comenzaron a huir de Buenos Aires, y, para encontrar un refugio, dirigieron sus miradas al Estado Oriental, donde la mayor parte de la ciudad, proscrita, fue a buscar un asilo.

Fue en vano que la policía de Rosas redoblara su vigilancia; fue en vano que una ley castigara con la muerte a la emigración; fue en vano que a esta muerte se le agregaran crueles atrocidades, pues Rosas vio claramente que la muerte no bastaba. El terror y el odio que inspiraba Rosas eran más fuertes que los medios inventados por él. La emigración iba creciendo de hora en hora, de minuto en minuto. Para realizar la fuga de una familia, solo se necesitaba encontrar una barca. Hallada esta, padre, madre, hijos, hermanos, hermanas se amontonaban en confusión, abandonando casa, bienes, fortuna... Cada día se veía llegar al Estado Oriental algunas de estas barcas cargadas de pasajeros, que no tenían otro bien más que las vestimentas que cubrían sus cuerpos.

Y ninguno de estos pasajeros tuvo que arrepentirse por la confianza que había abrigado respecto de la hospitalidad del pueblo oriental. Esa hospitalidad fue grande y generosa, como lo habría sido la de una república antigua; hospitalidad tal como el pueblo argentino debía esperarla de amigos, o mejor dicho, de hermanos, que tantas veces reunieron su bandera a las banderas bajo las cuales combatieron juntos al inglés, al español y al brasileño,

enemigos comunes, enemigos extranjeros, menos peligrosos, sin embargo, que aquel enemigo nacido entre ellos.

Los argentinos llegaban en masa, desembarcaban, y, en el puerto, los habitantes los esperaban, eligiendo a medida que aquellos ponían pie en tierra, y de acuerdo con sus recursos pecuniarios o con el tamaño de las habitaciones, el número de emigrantes que cada cual podía recoger. Y entonces, víveres, dinero, vestidos, todo era puesto a disposición de aquellos desgraciados, hasta que ellos pudieran crearse algunos recursos por sus propios medios, para lo cual todo el mundo los ayudaba también. Y, por su parte, ellos, reconocidos, se ponían enseguida al trabajo, a fin de aligerar el fardo que les imponían a sus benefactores, dándoles así, al mismo tiempo, oportunidad para acoger a nuevos fugitivos. Para llegar a este fin, las personas habituadas a todos los goces del lujo se adaptaban a los más humildes menesteres, ennobleciéndolos tanto más cuanto esos trabajos estaban en oposición con su estado social.

Fue así como los más notables apellidos de la República Argentina figuraron en la emigración.

Lavalle, la más brillante espada del Ejército de su país; Florencio Varela, su más bello talento; Agüero, uno de sus primeros hombres de Estado; Echaverría, el Lamartine del Plata; Vega, el Bayardo del Ejército de los Andes; Gutiérrez, el feliz cantor de las glorias nacionales; Alsina, el gran jurisconsulto e ilustre ciudadano, todos ellos estaban entre los emigrantes, como estaban también Saenz Valiente, Molino Torres, Ramos Mejía, los grandes propietarios; como estaban, además, Rodríguez, el viejo general de los ejércitos de la independencia y de los ejércitos unitarios; Olazabal, uno de los más valientes de aquel Ejército de los Andes, del cual dijimos que Vega era su Bayardo.

Es que Rosas perseguía igualmente al *unitario* y al *federal*, no preocupándose más que de una cosa: de desembarazarse de todos aquellos que podrían ser un obstáculo a su dictadura.

Fue a esta hospitalidad acordada a los hombres por él perseguidos, que debe atribuirse el odio de Rosas hacia el Estado Oriental.

En la época a que nos referimos, la presidencia de la República estaba ejercida por el general Fructuoso Rivera.

Rivera, cuyo nombre acabamos de pronunciar, es un hombre de campo, como lo es Rosas, como lo era Quiroga. Pero todos sus instintos se dirigen hacia la civilización, lo que hace de él la oposición más completa de Rosas. Como hombre de guerra, la bravura de Rivera no ha sido superada; como hombre de partido, su generosidad no fue igualada nunca. Hace treinta años que figura en el escenario político de su país y, desde hace treinta años se le ha visto tomar las armas en el momento en que la frase “¡Guerra al extranjero!” fue pronunciada.

Cuando comenzó la revolución contra España, Rivera sacrificó su fortuna, pues para él es una necesidad el dar. Este hombre no es generoso, es pródigo.

Y del mismo modo que Rivera es pródigo con los hombres, Dios ha sido pródigo con él. Es un perfecto caballero —en el sentido español de la frase, que comprende a la vez al soldado y al gentilhombre— de tez morena, de elevada estatura, de mirada penetrante; conversa con gracia, arrastrando a sus interlocutores en el círculo fascinador de su manera tan personal e inconfundible. Es así como logró ser el hombre más popular del Estado Oriental; pero, necesario es decirlo, nunca el más pésimo administrador desorganizó, como él, los recursos pecuniarios de un pueblo. Había derrochado sus bienes particulares y ha derrochado los bienes comunes, no para reconstituir su fortuna, sino porque, como hombre público, no había podido despojarse de todos los hábitos principescos de su vida privada.

Pero en la época a que nos referimos, esta ruina no se había evidenciado aún. Rivera empezaba su presidencia, y esta se hallaba rodeada de los hombres más capacitados del país, Obes, Herrera, Vasquez, Alvarez, Ellauri,

Luis Eduardo Perez, eran realmente, sino sus ministros, por lo menos los directores de su gobierno, y con estos hombres todo aquello que significaba progreso, libertad y prosperidad, estaba asegurado para el país.

Obes, el primero entre los amigos de Rivera, era un hombre de carácter antiguo; su patriotismo, su grandeza, sus talentos eminentes y su profunda instrucción lo colocaban entre el número de los grandes hombres de América. Murió en la proscripción. Fue una de las primeras víctimas del sistema de Rosas implantado en el Estado Oriental.

Luis Eduardo Perez era el Arístides del Estado Oriental. Repúblico severo, patriota exaltado, consagró su larga existencia a la virtud y a la libertad de su país.

Vasquez, hombre de talento y de instrucción, brindó sus primeros servicios al país durante el sitio de Montevideo, en la guerra con España, y terminó su carrera durante el actual sitio, habiendo siempre, y en todas las ocasiones durante este largo espacio de tiempo, merecido bien del país.

Herrera, Alvarez y Ellauri, cuñados de Obes, no quedaron, por cierto, a la zaga de los que acabamos de nombrar; ellos pertenecen no solo al Estado Oriental como leales defensores, sino también, a la causa americana en su total significado.

Por ello, sus nombres serán siempre sagrados para esta vasta tierra de Colón que se extiende desde el cabo de Hornos al estrecho de Barrow.

Un gobierno constituido con tales hombres, hubo de colocarse, naturalmente, a la cabeza del impulso nacional, cuando a la República Oriental le llegó la hora de luchar cara a cara contra el sistema de Rosas.

Así fue como, cuando el pueblo se condolía de las desgracias que hemos relatado, el Gobierno acogía, en nombre de la Nación, a los más ilustres entre los proscritos, mientras que los particulares ayudaban a los otros en forma privada. El tesoro otorgaba pensiones a los guerreros argentinos declarados traidores por Rosas,

y los jefes del Gobierno, personalmente, los rodeaban de toda especie de respeto y consideración.

Agregad a todo esto, que la prensa, no estando amorozada en el Estado Oriental, como lo estaba en Buenos Aires, relataba al resto de la Tierra los crímenes de Rosas, y libraba su nombre a la execración universal.

Desde entonces, es fácil comprenderlo, la venganza de Rosas tomó como punto de mira, en su amenaza, la cabeza más alta de entre sus enemigos: a Rivera, así como a su administración y al país sobre la cual esta se ejercía. Sin embargo, tan fuerte como era para alimentar esta venganza, Rosas era demasiado débil aún para dejarla estallar. Se limitó, por lo tanto, a realizar contra el gobierno de Rivera algunas sordas hostilidades. Así, apoyó por todos los medios posibles la revolución que en 1832 estalló contra Rivera. Sofocada esta revuelta, no considerándose vencido, organizó otras.

La presidencia de Rivera terminó en 1834. El general Manuel Oribe le sucedió gracias a la influencia del mismo Rivera, quien contaba tener en aquel un amigo y un continuador de su política. En efecto, Manuel Oribe había sido hecho general por Rivera, y había formado parte de la precedente administración como ministro de la Guerra.

Oribe pertenece a las primeras familias del país. Después de 1811, combatió en su defensa y se ha distinguido siempre por su bravura personal. Su espíritu es débil y su inteligencia estrecha; esto explica su alianza con Rosas, alianza a la cual se dio por entero, aunque ella signifique la ruina de esa misma independencia por la cual Oribe tantas veces combatió.

Como general, su incapacidad es completa; sus pasiones tienen la violencia propia de las organizaciones nerviosas, y lo arrastran a la crueldad. Como particular, es un hombre honesto.

Como administrador, fue más económico que Rivera, y no se le puede reprochar que haya aumentado el déficit de la hacienda pública. Sin embargo a él le corresponde por entero la responsabilidad por la ruina del

Estado Oriental, olvidando que, para ser jefe de partido, no basta solo con querer serlo, él rehusó seguir vinculado al gran partido que tenía como jefe a Rivera. Él quiso formar su partido, suscitó la desconfianza del país, y asustado de su propia debilidad, se arrojó un día en brazos de Rosas. El país conoció esa alianza por las sordas hostilidades del Gobierno contra la emigración argentina, y, como nada era más opuesto a la opinión pública que el sistema de Rosas, el país se unió al general Rivera cuando este encabezó una revolución contra Oribe en 1836.

A pesar de esta casi unanimidad que lo amenazaba, Oribe resistió hasta 1838. Resistió porque el Ejército permaneció fiel a la bandera; porque disponía de todos los medios de gobierno y, sobre todo, porque estaba sostenido por Rosas.

Hagamos resaltar aquí un error muy difundido sobre esta revolución. Se supone generalmente que fue la influencia francesa la que hizo caer a Oribe, pero nosotros podemos afirmar que este no ha sido combatido más que por los orientales. Su poder fue destruido en la batalla de Palmar, donde no se encontraba ni un solo extranjero en las filas de sus enemigos, mientras que él, al contrario, cayó mientras estaba apoyado por los extranjeros; y la mejor prueba de esto es que, en el momento de la capitulación de la ciudad de Paysandú, se encontraba en esta población un batallón argentino completo. Ahora bien: los argentinos son tan extranjeros para el Estado Oriental como pueden serlo los chilenos o los ingleses.

Oribe bajó de la presidencia por renuncia hecha oficialmente ante las Cámaras, y salió del país solicitando a estas mismas Cámaras permiso para ausentarse.

Una vez salido del país, Rosas lo obligó a protestar contra aquella renuncia, y, lo que jamás se había visto en América, él lo reconoció como jefe del Gobierno de un país en el cual él mismo no pudo permanecer. Era algo así como si Luis Felipe en el exilio hubiera nom-

brado un virrey en la República Francesa.

Mucho se rió en Montevideo de esta excentricidad del dictador, pero este se preparó, durante ese tiempo, para cambiar aquella risa en lágrimas.

La consecuencia natural de esta conducta de Rosas fue la guerra entre las dos naciones, que comenzó en 1838, y que aún dura.

Una vez retornado a la cabeza del Gobierno, Rivera apoyó con todas sus fuerzas al bloqueo de Francia, al mismo tiempo que recibía del Gobierno francés socorros en hombres y en dinero para combatir al enemigo común. Y se hubiera podido creer que este apoyo de Rivera molestaba seriamente a Rosas y que hasta lo hubiera podido obligar a hacerlo dócil a las exigencias europeas, cuando llegó el almirante Mackau en 1840 y concluyó el tratado que lleva su nombre. Este tratado reanimó el poder de Rosas, próximo a caer ya, y dejó a la República Oriental sola en la lucha.

Esta lucha se prolongó con suerte diversa hasta 1842, hasta el momento en que el Ejército oriental fue derrotado en la batalla de Arroyo Grande.

En este intervalo, una gran parte de la República Argentina, confiada en el poder de Francia, había elevado un estandarte de rebelión contra Rosas, lanzándose a una guerra en la que todo lo que se puede concebir de grande y de heroico se había realizado. Pero esta guerra, tan desigual desde el punto de vista de los recursos, solo había servido para aumentar el martirologio de los patriotas argentinos, en el inmenso catálogo de las crueldades de Rosas.

Entre tanto, perdida la batalla de Arroyo Grande, el ejército de Rosas, constituido por 14.000 hombres, invadió el Estado Oriental.

Para oponerse a este torrente, no había en campaña más que 600 soldados al mando del general Medina y 1.200 reclutas a las órdenes del general Pacheco y Obes, entonces coronel.

Estos dos destacamentos se reunieron bajo el fuego de

la vanguardia enemiga. El general Rivera se puso enseguida al frente, y 4.000 ó 5.000 voluntarios vinieron a agruparse bajo el estandarte nacional.

Entonces pudo contemplarse un admirable espectáculo: 6.000 hombres, desorganizados, casi sin armas, disputaron el territorio palmo a palmo al ejército de Rosas. La marcha de los defensores del país se efectuaba en medio de las comarcas incendiadas por el enemigo, y, protegidas por aquellos seis mil bravos, marchaban con ellos las familias fugitivas, que, con riesgo de los peligros a que exponían a sus defensores, protegían así su retirada hasta Montevideo.

Allí se refugió casi toda la población de la campaña.

El 1° de febrero de 1843, el Ejército oriental, en formación sobre las alturas de Montevideo, vio aparecer a las fuerzas enemigas; pero aquel en lugar de buscar un refugio detrás de las murallas, pidió armas y municiones, y habiendo confiado a la ciudad el pueblo que dejaba protegido por él, salió al campo para aprestarse a la lucha, no sin antes decir a Montevideo:

*¡Defiéndete y cuenta con nosotros!*

## Índice

Prólogo <i>por Daniel Balmaceda</i> . . . . .	7
Nota preliminar . . . . .	13
Capítulo primero . . . . .	15
Capítulo segundo . . . . .	41
Capítulo tercero . . . . .	61
Capítulo cuarto . . . . .	81
Capítulo quinto . . . . .	95
Capítulo sexto . . . . .	113
Sobre el autor . . . . .	127
Post-scriptum La búsqueda de <i>La Nueva Troya</i> en Buenos Aires, o la Atenas del Plata <i>por Alejandro Waksman</i> . . . . .	129
Índice onomástico . . . . .	153